





LA SEMANA

Por fin ha terminado eso de las elecciones de diputados y senadores, sin más novedad que un par de alcaldes asesinados y veinte ó veinticinco muertos entre Infiesto, Jumilla, Almería y algún otro punto. Se dirá que es mucho, pero como decía D. Hermógenes, todo es relativo. Más gente murió en el asalto de la torre de Malskoff.

Pronto se abrirán las Cortes, y á buen seguro que en cuanto tenga efecto esta *apertura* brotarán á raudales por ella el maná, el oro y jamones. Predominan los abogados que no dejarán de elocuar hablantemente, y Maura... se callará lo que todos creíamos había de decir, al parecer.

El ministerio se defenderá con tesón, por boca de Maura y de Silvela, á los cuales no cabe negar que poseen una locuacidad extraordinaria, pero de mucho menos cuidado son ellos que Rodríguez San Pedro. Ese sí que podrá hacer cuanto le venga en gana, pues sabido es que lo mismo es levantarse para tomar la palabra como huir precipitadamente todos los diputados, para salvarse de la gran lata sampetrina. Reconozcamos que efectivamente es el Sr. Silvela un *piccolo Machiavelli*, pues solo á un astuto florentino se le ocurre darle la cartera de Hacienda á un hombre que con abrir la boca ahuyenta á los más exaltados opositoristas.

En Barcelona tuvo pacífico desenlace la huelga de huertanos, verduleras y pescaderos de ambos sexos. La corporación municipal se revotó y renunció á cargar con nuevos impuestos las coles, las patatas, las sardinas y el bonito. La cosa era tanto más irritante en cuanto el Ayuntamiento había rebajado de 40 pesetas á 2 pesetas los derechos sobre el *patchuli*, la esencia de violetas y el opopónax, y también en notable proporción los consumos del Champagne y demás vinos espumosos. Gedeonada se llama esta figura, de no tener su *busili*, en cuyo caso variaría de especie.

Prepárase un nuevo conflicto, si Dios no le ordena á San Pedro que lo remedie. Sin duda para no ser menos que Dato, que perturbó á la digna clase notarial, el Sr. Rodríguez susodicho ha *resolvido* que los médicos dejen de adquirir patentes y paguen como los demás *industriales*. Veremos como tomarán la cosa los galenos, pero no sería extraño que, de no revocarse el decreto anti patentístico se declaren en huelga al principio el próximo año de gracia. La verdad es que los ministros de Camprodon (D. Francisco) eran unos Brijanes al lado de esos que nos sirve el autor ilustre de *La Filocalia*.

Ha producido el consiguiente pánico en Madrid la declaración de una epidemia de *tifus exantemático*, iniciada en un Asilo inmediato al palacio Real. El Asilo, con notable y meritoria presteza, ha sido incendiado, procedimiento radical, pero seguro para extinguir el foco, pero será imposible quemar las cisas donde haya enfermos y muertos. Esa enfermedad tiene siempre por causa el *hacinamiento*, y de ahí que fuese conocido antes con los diversos nombres de *tifus carcelario*, *hospitalario*, *naval*, de los *campamentos*, etc. De manera que *á posteriori* puede argüirse que en el tal Asilo brillaba la higiene por su ausencia. Lo cual ya nos lo teníamos trágado.

Ha sido prohibida en Barcelona la representación de *L'Héro*, del insigne Santiago Rusiñol, y denunciada la obra por no recuerdo que motivos. En Constantinopla han prohibido, á su vez, la representación de *Otello* por Novelli.

Terminábamos esta revista cuando, sin duda para no variar de plato, corren noticias de otros *incidentes desagradables*, por decirlo de la manera más suave posible. En Tarrasa, con ocasión de regresar los republicanos de celebrar una merienda, hubo una colisión entre ellos y los municipales, resultando muerto de dos balazos un infeliz obrero que llevaba una bandera española, aparte de varios heridos. Pronto va á ser España otra Macedonia, y deberán tomar lecciones los gobernadores turcos de como las gastan por aquí nuestros walies y caides.

Por si no había bastante con haber soliviantado San Pedro á los médicos, viene ahora Allendesalazar y se encarga de exaltar los ánimos de los estudiantes de medicina obligándoles á pagar la matrícula y los derechos de exámen de unas asignaturas que solo deben cursar los que quieran, pero no los que no quieran cursarlas.

ARGOS

MOLIERE

Con ocasión de haber representado *Coquelin aíné el Tartufo*, en Madrid, se ha hablado de Molière, poco menos que si fuera un desconocido. Creemos que los que han dedicado al inmortal autor francés tantas columnas de biografía han llevado hierro á Bilbao, pues aunque en España se representen poco las comedias de Molière, toda persona algo ilustrada sabe quien es y de quien se trata.

No ha estado de más, sin embargo, entretenerse en trazar algunos rasgos de su vida íntima, tales como sus desventuras conyugales,—¡él que creó el tipo de Jorge Dandin!—pero no se ha insistido, qui-

zás, lo bastante en el concepto que á Molière le merecía el público. Como entonces no se publicaba más periódico que la *Gaceta de Francia* no había críticos, ni *lunistas*, ni *reporters*; el público era el único Larromuet, el único *Cafete* (Q. E. G. E.), el único *Caramanchel*, y por lo mismo hacía gran caso de los mo-
renos. Con este objeto leía sus comedias á la criada, la inteligente *Laforêt*, inmortalizada en una poesía de Alfredo de Musset, y atendía religiosamente á cuantas observaciones le dirigía aquella.

Grande hombre fué Molière ciertamente, y con razón sobrada se enorgullecen de él nuestros vecinos. Retrató, no precisamente su época, sino las pasiones y los caracteres eternos de la humanidad, por lo cual su teatro es de todos los tiempos y de todas las épocas. Mucho sufrió, á pesar de conocer todas las satisfacciones del triunfo, y dejó en sus obras admirables ejemplos que seguir y que evitar. España le proporcionó argumentos, pero sería injusto suponer que se limitó á plagiarlos; lo que sí hizo fué apropiárselos para enriquecer con admirables obras el teatro universal. La lástima es que muchas comedias suyas han perdido gran parte de su valor al ser traducidas al castellano. ¿Quién reconocería el *Bourgeois gentil-homme* en una pieza en un acto, que he visto representar en mi niñez y de cuyo título no me acuerdo, pero sí que en ella aparecía un *Mahuchi*?

Moratin le tomó por su cuenta y le sangró y debilitó en sus traducciones. ¿Qué mal habría en hacer lo que Moratin hizo á su manera,—como con el *Hamlet*,—y proporcionarnos fieles versiones de Molière en español? Nada perderíamos en ello, mayormente cuando no se trata de ningún *Hamlet* ni de ningún *Macbeth*. Pero, es condición esencial que el que lo haga sepa lo que se hace. De lo contrario, mejor estará en francés.

El estudio de Molière es altamente necesario á todo el que pretende dedicarse á escribir comedias de alto vuelo, pues no hay maestro como él; su lenguaje es siempre preciso, exacto, convincente; el desarrollo de las obras resulta admirablemente lógico, y los caracteres son un modelo de fiel observación. No pocos de sus versos, acuñados como una medalla, han pasado á ser proverbiales.

Molière escribió infinito, pero ¡cosa rara! no se conserva ni una línea trazada por su mano. ¿Dónde fueron á parar sus manuscritos? Esto es lo que nadie puede decir; lo cual demuestra que no consideraba sus cuartillas como una cosa sagrada, según hacen tantos otros.



MOLIERE LEYENDO UNA COMEDIA Á SU CRIADA

EL CORONEL "TIGRE"



Los soldados formaban pintorescos grupos en el patio del cuartel donde jugaban alegremente esperando un rancho extraordinario: los cabos y sargentos discutían las condiciones militares del nuevo jefe del regimiento, mientras apuraban algunas copas de riquísimo Cazalla en la cantina; y, en el cuarto de banderas, se deleitaba la oficialidad escuchando al comandante de armas, que refería la historia de una mujer galante.



De pronto, un vigoroso toque de corneta anunciando la llegada del coronel, puso término a los juegos y a las conversaciones.

Como en país conquistado entró en el edificio el nuevo jefe de aquella unidad orgánica, D. León Valiente y Mata del Rayo. Era un coronel «con toda la barba»; bizzo, enjuto de carnes, muy tie-

so, y con una cicatriz en la frente y otra en la mandíbula izquierda.

El acto de la toma de posesión se celebró con la mayor solemnidad y el discurso del Sr. Mata del Rayo fué muy breve y elocuente:

«Soldados,—dijo.—No quiero, como otros coroneles, llamaros «hijos míos», por que faltaría a la verdad. Yo no soy vuestro padre, sino vuestro jefe; y un jefe en la gran familia militar viene a ser lo que un tío en las demás familias. He dicho. Rompan filas.»

Y D. León, seguido de la plana mayor del regimiento, se internó en el cuarto de banderas. Comenzó el «guataque». El lunch que se sirvió a la oficialidad fué espléndido. El coronel

presidió la mesa. Abundaron los vinos de todas clases desde el modesto Valdepeñas al confortable Jerez N. P. U.

Cuando se descorchó el Champagne, el capellán del regimiento ofreció una copa al coronel pidiéndole que brindase.

—Costumbre es esa,—dijo D. León,—propio de periodistas y no de militares. No voy, pues, a pronunciar un brindis, sino a decir cuatro verdades.

Retorciose nerviosamente el bigote y añadió:

—He visto con profundo sentimiento que le falta una oreja al capitán de la primera del segundo, y dos ó tres dientes al de la cuarta del primero. Ahora bien; como en la milicia no se puede dar de codo a la estética y es mi deseo que la oficialidad del cuerpo que yo mande esté cabal, esos dos capitanes se servirán pedir el pase a otro regimiento.

Reinó un silencio sepulcral.

—Mi coronel,—dijo uno de los aludidos,—la oreja que me falta la perdí en Cuba combatiendo al enemigo.

—Y yo,—agregó el otro,—dejé los dientes en el fuerte de San Antonio dando la cara a las granadas yankees.

Todas las miradas se clavaron en D. León Mata del Rayo que irguiendo la cabeza con altanería respondió:

—Perfectamente; tanto para ustedes, como para



mi, sería ese un timbre de gloria, si uno y otro al perder la oreja y los dientes hubieran sido

de coger otra oreja y otros dientes al enemigo para suplir deficiencias del servicio en casos como el presente.

«Vean ustedes mi ejemplo, —añadió.—El tajo que llevo en la mandíbula lo recibí en Cuba; pues esta pipa, mi pipa favorita, está hecha de las mandíbulas del que me dió el golpe. Otra cicatriz llevo en la frente; me la inferió un tagalo y, del cráneo del agresor, me hice el puño para mi bastón de mando. No tengo más que decir.



Mata del Rayo salió bufando del cuartel y se dirigió á su domicilio particular.

—¡Ordenanza! —gritó al entrar.—¡Ordenanzaaaa!

Ante él apareció un sujeto que parecía más bien una máscara que un soldado.

Lucía en la cabeza un pañuelo de color, largo delantal anudado á la cintura y en la diestra una escoba, que terció á manera de presentar armas cuando estuvo á presencia de su

jefe: —¡A la orden, mi coronel!

—¿Eres tú el ordenanza?

—Para servir á usía, mi coronel.

—Pues á mí no me sirves en ese traje; no quiero que mis soldados se dediquen á los quehaceres domésticos. ¡A la guerra, á la guerra solo! El soldado es un auxiliar del rey y no de su patrona.

—Está bien, mi coronel.

—Ya lo sabes. A quitarte esos chismes y tráeme café con la velocidad del relámpago.

El ordenanza desapareció y Mata del Rayo se puso á redactar la orden del día siguiente para el regimiento.

«A las cuatro de la mañana; instrucción. A las once; rancho. A las once y media; instrucción de tiro. El resto del día; tiro por descargas é instrucción á todo trapo. Por la noche; descanso para que haga la digestión la tropa.»

—Aquí está el café, mi coronel, —dijo el ordenanza entrando nuevamente.

—¿Dónde está el cognac?

—Ignoraba que bebiese usía, mi general.

—Pues has de saber, zopenco, que tienes la obligación de adivinarme, y cuando yo pido café debes traerme gotas, azúcar, leche, media copa, un cigarro y cerillas para encenderlo. Y lo mismo que en esto en todo lo demás que me dige ordenarte.

—Está bien, coronel.

Momentos después entraba en el despacho de Mata del Rayo el ayudante de semana.

D. León le armó la broncea padre porque el infeliz capitán llevaba guante negro en vez de guante blanco reglamentario.

La reprimenda produjo tan desagradable efecto al ayudante, que se llamaba D. Trinidad Manso, que cayó al suelo acometido de un síncope.

—¡Ordenanza, ordenanzaaaa! —gritó Mata del Rayo.

—¡Presente, mi coronel!

—¡Un médico! ¡Pronto, que venga inmediatamente el facultativo!

El pobre soldado salió como un cohete de las manos de esperto polvorista.

Una hora después, y cuando Manso habíase recuperado del susto, regresaba el ordenanza.

—Todo está listo, mi coronel.

—¡A buena hora, zoquete! Ya has tenido tiempo de llamar al médico.

—Pero como usía dijo que le adivinara los pensamientos he ido á buscar el Viático, el notario, el ataud y el coche fúnebre. Todo está á la puerta esperando y también la compañía que ha de escoltar al cadáver y hacer las descargas de ordenanza.

Manso palideció horriblemente, y bajo, muy bajito, murmuró:

—¡Bárbaro!

D. León meditó un momento. Levantó luego la



cabeza con resolución y encarándose con el capitán ayudante le dijo:

—Caballero oficial, lo siento mucho, pero ya no hay remedio. El regimiento no puede quedar en ridículo. La disciplina lo exige, no tiene usted más solución que morirse.

Y dirigiéndose al ordenanza añadió.

—¡Que pase el Viático y que suban el ataud! Hay que terminar pronto esta escena desagradable.

CHISMOSILLO

BATAS Y CASACONES

Todo está sujeto á la ley de la evolución, y el traje tiene su filosofía, como la tienen las costum-

historia del traje, sino una palmaria demostración de lo que acabamos de decir.

La pompa versallesa, inherente á la desmedida supremacía de un monarca tan absoluto como



FINES DEL REINADO DE GUILLERMO III

bres. Los figurines que reproducimos en estas páginas son, no solamente un dato curiosísimo para la



FINES DEL REINADO DE GUILLERMO III



TRAJE DE WATTEAU

Luis XIV se refleja en los trajes del último tercio del siglo XVII. No se economiza la tela, y los personajes tienen que imitar al *Gran Rey* calándose una peluca. El augusto Luis no tenía mucha mayor estatura que Auñón ó Castellanos, y de ahí aquel aréndice supra-cefálico para aparentar unas cuan-



TRAJE DE A PRINCIPIOS DEL REINADO DE JORGE I

tas pulgadas más de *longitud*, al mismo tiempo que los tacones adquirían unas proporciones dignas de unos zancos.

Tal era la moda que se extendía por toda Europa, excepto España, donde no nos afrancesamos,



PRINCIPIOS DEL REINADO
DE JORGE I

ó mejor dicho, donde no se afrancesaron los cortesanos y gente de alto copete hasta la llegada de Felipe V. En cambio en Inglaterra fueron aceptadas con furor las *fashions* de Versalles, desde el advenimiento de Guillermo III (1688), restaurador de la monarquía constitucional.



ÉPOCA DE JORGE I

La moda varía, sin embargo, al llegar al reinado de Jorge I (1714). El nuevo rey, elegido por el Parlamento por no haber dejado hijos Guillermo, María, ni Ana, gobierna con los wighs, y se deja ver en el traje la holgura de unas gentes poco amigas de trabas, cuya más típica representación se encarna en Horacio Walpole, el célebre ministro, enemigo de etiquetas y formalismos, brutal y grosero en su lenguaje, gran corruptor de conciencias é inventor del ingenioso sistema conocido modernamente por el *fondo de los reptiles*.

Lo mismo observaremos en el traje mujeril. A las imponentes y aparatosas modas predominan-



REINADO DE JORGE II

tes durante el siglo XVII sucede, al alborar el siguiente, una nueva escuela, fundada por Watteau, que da la nota de los trajes, transformándolos de empaquetados y agarrotados en sueltos, vaporosos y coquetones, «Watteau, escribe Paul Mantz, había caído del cielo de las hadas. Poeta de invenciones novelescas, maestro de perspectivas elíseas, inagotable creador de caprichos y de trajes, tenía un ideal nuevo, daba la vida á un mundo.»

Aunque, desventuradamente, el incomparable autor de las *Diversiones campestres*, *Fiestas venecianas* y *El embarque para Citera* murió muy joven,—á los treinta y siete años,—y no por excesos, pues era de costumbres sumamente morigeradas, sino minado por la misma intensidad de su genio, no por eso quedó interrumpida su obra que continuaron Boucher y los exquisitos *petits maîtres* del resto del siglo XVIII, hasta sobrevenir la reacción pseudo clásica, con Luis David.

M. MAULEÓN



EL CUMPLEAÑOS DE LA SEÑORA, cuadro de F. Soulaer

Ayuntamiento de Madrid



VENTURA COMPLETA

Eran desgraciadísimos aquellos tres hermanos.

Pero ¿qué hacer para no serlo? Parecía una acción tan inútil como estúpida cortar el hilo de sus existencias no más que por no haber acertado á resolver el enigma de la ventura completa. ¿Quién sabe! Posible era que, en virtud de algún poder desconocido, la espesa sombra que envolvía sus almas se disipase, y un rayo de luz hiciera florecer las sonrisas allí donde se extendía un erial de desilusiones.

No habían perdido la esperanza. Aun en ellos palpitaba el germen del deseo.

Decidieron correr aventuras, visitar países ignorados, descubrir el talisman que había de abrirles la puerta de la gloria soñada.

Y una mañana de otoño, cuando ya las hojas secas alfombran la tierra, y cuando ya las brumas cenicientas entoldan el cielo, se pusieron en camino. Anduvieron durante muchos días sin hallar lo que buscaban.

A pesar de la estación otoñal, el bosque se mostraba frondosísimo. El sol poniente, un sol frío y amarillo, no conseguía traspasar sino con imperceptibles hilos de luz el tupido ramaje. Al otro lado del bosque se erguía majestuosamente una montaña. Por el espacio flotaban ligeras nubes blancas y sonrosadas.

Los tres hermanos, después de haber tomado asiento sobre un peñasco, cubierto de aterciopelado musgo, quedaron pensativos, contemplando el paisaje. Sin duda, les inspiraba interés grandísimo.

Pasado un rato de silencio, suspiraron los tres, como si volvieran de una excursión deleitosa por otros mundos.

—Yo,—dijo el mayor, que se llamaba Estanislao,—he cobrado tanto odio á las agitaciones mundanas, á las tumultuosas pasiones, á todo lo que es sensibilidad y movimiento, que de buena gana me convertiría en roca. ¡Qué vida tan tranquila! ¡Qué reposo tan inmenso! Yo desearía ser uno de esos cipreses inmortales que se elevan ahí enfrente; que tienen por corona los rayos de los astros, y á cuyos pies truenan, y relampaguean, y se deshacen las tempestades. En su seno esconden las águilas sus nidos. No llega hasta ellos ningún vano rumor de la tierra. Nada les amenaza. Ni el mar, con su tremendo oleaje; ni la lluvia, con sus repentinas cataratas, logran sepultarlos. La más terrible inundación se detiene á distancia, como un pueblo amotinado ante el trono de un soberano poderoso. Y ellos permanecen eternos, gigantes, solitarios, como visibles dioses de la naturaleza. Si; quisiera ser roca.

El otro hermano, que le seguía en edad, y que tenía el nombre de Esteban, habló á su vez.

—Pues, á mí,—expuso,—me agradaría ser árbol. ¡Hay algo más hermoso! ¡Con qué nobleza se eleva el ciprés! ¡Cuán paternalmente se extiende la encina! ¡Qué gallardía imprime á sus movimientos la palmera! El árbol no necesita, para practicar el bien, sino mostrarse. Sus hojas, que cantan cuando las acaricia el viento, están perfumadas por las flores. De sus ramas se suspenden codiciados frutos. Su sombra presta reposo y frescura al caminante. Es el árbol una bendición del cielo. En todas partes es

querido. Su
Y yo que en
despierto; ci
Eugenio,
nifestó tamb

—Como v
ser nube. Au
te me causar
lejos del mu
da á descende
diera soltar
ría con much

—Se cum
voz chillona
cercano.

Volvieron
los ojos hac
vía más sob
ron dirigirs
no mayor ta

Estaba v
apoyándose
con las larg

—No os
más suave
esta selva y
aquí inmen
cosas. Estái

y yo no per
Así, pues, t
en roca; tú,
bol; tú, libr

Y los tres
brándoles
mándose en
sus ardient

Al princ
piedra, en
de un conte
la del pedru
goeijo tan f
de un arroy
la nube vag

Más, tra
lao empezó
trea, y no c
ca agitació
mismo acor

Pero ¿á
pre. ¡Para
tosa.

Sentían
pronto, esc

—Se que
Y Estan

Quien e
que tan m
en descuid
ráas que l
doncella g

—Soy e

querido. Su verdura sonriente inspira alegría, comunica sensaciones dulces. ¿Quién odiaría el árbol? Y yo que encuentro enemigos en los amigos mejores; yo, que cuento las negras horas de las noches despierto; ciertamente experimentaría extraordinario placer en convertirme en árbol.

Eugenio, que era el hermano menor, y había escuchado atentamente á Estanislao y á Esteban, manifestó también su ambición.

—Como vosotros,—dijo,—estoy descontento de mi suerte. Pero, no pido ser roca ni ser árbol; pido ser nube. Amo locamente la libertad. Volar es mi ansia suprema. Las alas del pájaro más insignificante me causan envidia. ¿Hay algo más magnífico que recorrer al antojo el espacio, por cima de la tierra, lejos del mundo, cerca del cielo? Pero, el ave más audaz, por mucho que se remonte, vese al fin obligada á descender al suelo. Por eso desearía ser nube, pasar flotante eternamente en las alturas. Sí, si pudiera soltar esta envoltura de carne, me trocaría con muchísimo gusto en nube.

—Se cumplirán vuestros deseos,—dijo una voz chillona que salía de detrás de un matorral cercano.

Volvieron sorprendidos los tres hermanos los ojos hacia aquel sitio, y quedáronse todavía más sobrecogidos de sorpresa, cuando vieron dirigirse desde allí un hombreillo, de no mayor tamaño de un palmo.

Estaba viejo, calvo, encorvado; marchaba apoyándose en una varita, barriendo el polvo con las largas barbas blancas.

—No os asustéis,—dijo, empleando el tono más suave de su voz agria.—Soy el genio de esta selva y de sus contornos. Mi dominio es aquí inmenso. Tengo poder sobre todas estas cosas. Estáis en mi territorio, sois mis vasallos, y yo no permito que nadie no esté satisfecho. Así, pues, tú, tranquilo Estanislao, conviértete en roca; tú, bondadoso Esteban, múdate en árbol; tú, libre Eugenio, vuélvete nube.

Y los tres hermanos, á medida que iba nombrándoles el mágico vejete, fueron transformándose en aquello que había sido el objeto de sus ardientes votos.

Al principio, los hombres, convertidos en piedra, en vegetal y en mayor celeste, gozaron de un contento inesfable ¡Qué paz tan profunda la del pedrusco colocado en una cima! ¡Qué regocijo tan íntimo el del árbol nacido á la orilla de un arroyuelo! ¡Qué expansión tan fácil la de la nube vagando en pos de su capricho!

Más, transcurrió algún tiempo, y Estanislao empezó á cansarse de su impasibilidad pétreo, y no dejó de echar de menos la dramática agitación de las pasiones humanas. Y lo mismo aconteció á Esteban y á Eugenio. También se aburrían de ser respectivamente árbol y nube.

Pero ¿á quien reclamarían? Habían escogido su destino y tendrían que someterse á él para siempre. ¡Para siempre! La idea de perpetuidad de una situación misma les produjo una angustia espantosa.

Sentíanse morir los tres hermanos; ó mejor dicho, deseaban la muerte, como último remedio. De pronto, escuchó Estanislao una vocecilla agradabilísima, que le hablaba:

—Se que estás cansado de ser piedra,—le dijo.—Pues, torna á ser hombre.

Y Estanislao volvió á su ser primitivo.

Quien ejercía este poder era una viejecita muy menuda, del tamaño del maligno genio del bosque que tan mala jugada había hecho á los tres hermanos. Pero, la viejecita, como mujer, no se mostraba en descuidada catadura. Venía vestida de brocado y engalanada con joyas brillantes. Sus ojos lucían más que las piedras de sus alhajas. Su cabello caía tendido y oloroso por la espalda, como el de una doncella griega.

—Soy el hada de estos lugares,—manifestó á Estanislao.—Soy la esposa del genio que satisfizo vues-



tro deseo. Pero, así como él se complace en el mal, yo me recreo en el bien. Vamos, pues, en busca de los otros tres hermanos.

Frente al árbol, que era la persona de Esteban, ocurrió lo propio. Esteban apareció de nuevo siendo un mozo arrogante.

—Conoce, —les dijo, —el fin que os preparaba mi esposo. Tú, Estanislao, estarías convertido en el cráter de un volcán. Tú, Esteban, serías destrozado por el hacha de un leñador. Eugenio sería deshecho en granizo. Es menester apresurarse. Se halla algo distante. Está á cuatro mil leguas. Pero le veremos dentro de un minuto. Agarraos á mi manto, y seguidme.

Los dos hermanos hicieron lo que les ordenaba la buena hada, y se elevaron rápidamente por el aire.

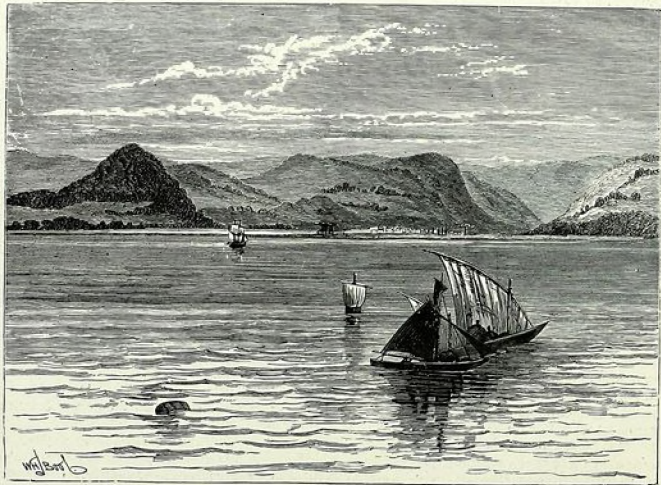
En breves instantes recorrieron casi todo el trayecto. Pero, de repente se detuvo el hada.

—Volvamos atrás. Ya no está Eugenio donde estaba. Mi esposo le ha atraído á sus dominios. Ahora la nube que buscamos se cernerá sobre nuestro bosque. Acaso sea ya tarde. Pero, por si no nos volvemos á ver, no olvidéis que todo deseo cumplido trae un desengaño, cuando no acarrea un terrible castigo, y que no existe en el mundo la dicha completa.

Cuando llegaron al bosque, caía una horrosa granizada.

Eugenio expiaba por sus otros dos hermanos la culpa de todos.

JOSÉ DE SILVA



ISLA DE SANTO DOMINGO

Larguísimo años hace que esta isla (incluyendo en ella á Haití) dejó de pertenecernos, pero de todas maneras no es posible olvidar que en ella fué, en aquella antigua *Hispaniola*, donde pusimos el pié en América y ejercimos nuestra primera dominación en el Nuevo Mundo.

Concretándonos á lo que es hoy la actual *República Dominicana* diremos que mide 23.343 kilómetros cuadrados de superficie con unos 300.000 habitantes. Es una de las Antillas Mayores, situada entre Puerto Rico y Cuba y es riquísima en cuanto á producciones coloniales.

En esta república los hombres de color son en mucho mayor número que los blancos, siendo descendientes de aquellos con que la poblamos á principios del siglo xvi para reemplazar á la exterminada raza caribe, que habitaba en ella cuando el descubrimiento.



¡POBRE NIÑA!

Había llegado, para ella, la edad de las ilusiones... y las tuvo... y creyó ver próxima su realización.

Si amar es uno de los destinos humanos, en la mujer, constituye el primordial, casi, puede decirse, el destino único.

Así como, el sol, por ley natural, ha de brillar, dar luz y calor, derramar la vida, la alegría, la belleza, sobre el orbe entero, la mujer ha sido creada para el amor, para sentirlo y excitarlo, embelleciendo, alegrando y perpetuando nuestra existencia, en el planeta.

Alto destino es, el suyo, y llamado está, el hombre, á no contrariarlo, ni defraudarlo; crimen, tal vez, el mayor de cuantos cometer puede, pues la víctima es su dulce compañera, la que no necesita sino una mirada de pasión, una frase cariñosa, una tierna caricia, para ser completamente feliz.

¡Oh! ¡Sí!... ¡Nada iguala á la dicha de la mujer que ama y es amada, como, la pobre niña, creyó serio!

¡Pero nada es comparable tampoco al dolor, al desaliento, á la desesperación, que se apoderan de la mujer engañada, olvidada y, tal vez, hasta escarnecida, por quien la privó, para lo sucesivo, de todo contento, y mató, en su alma, la cándida confianza, la ingenua satisfacción con que, ella, se entregó al primer amor!

¡La pobre niña pasó también por este angustioso trance! ¡La flor de sus ilusiones se deshojó, marchita, para ya no reverdecer más!

Por eso, sus grandes y rasgados ojos, llenos de infinita ternura, dirigen al cielo con expresión de melancólica tristeza, y sus carmíneos labios, agítanse, temblorosos, para murmurar:

—¡Dios eterno! ¡Pocos dolores hay, comparables al mío! ¡Ni aún me queda el consuelo de acusar, de aborrecer al causante de mi desdicha! ¡Sobre que mi corazón está hecho para el amor, no para el odio, comprendo que, mi aborrecimiento sería injusto! ¡El, no tiene conciencia del mal que ha hecho! ¡Ha procedido así, por ligereza, por irreflexión, por vanidad, por costumbre! ¡Ignora la mortal herida que me ha causado!

¡Oh! ¡No! ¡El, no es un malvado! Es... ¡un hombre! ¡Y un hondo suspiro brota de su pecho, mientras que las lágrimas empañan aquellos grandes y rasgados ojos, llenos de malograda é infinita ternura!

EDUARDO BLASCO

LA VENGANZA DEL RANO

(APÓLOGO)

1. Dos renacuajos go-
[mosos
pretendían a una rana,
que, a los dos, miraba
[humana
con ojos muy carñosos.
Uno de ellos, descubrió
el juego de la coqueta,
y dijo al tomar soleta,
—¡Ahora verán quien
[soy yo!



2. Fuese lleno de coraje,
y hallando a un bravo cigüeño,

pídielo con gran empuñ,
se vengará, de su ultraje.



4. Hallándolos descuidados,
luego de darles la muerte

con su pico largo y fuerte,
pronto los tuvo tragados.



3. —¡Monta en mí—dijo el palmpedo.
Y así que el rano montó,

tras los amantes corrió,
raudo como un velocipédo.



5. Mas, cuando fuera desi-
de gozo, gracias le dió,
el ranito, contestó:
¡¡Ahora te toca a ti...!

Y sin mostrar compasión,
se lo comió, en ensueña,
de que, siempre la venganza
da frutos de maldición.

Con el p
los señore
res el cua
album JO

BI
Sidonio
Zola.
La piel
Bernard.
El amor
Hano Sch
La volu
Emilio Zo
El fin de
Alexis.
Santiag
Zola.
La fest
lio Zola.
El secre
de L'Isle
Sin tra
Los su
(ilustrada
El ma
rico Souli
La ino
por Carlo
Para p
nistración
za de Tet

El
gran
se u
hast

Cirus V
ricano, q
tante du



RESERV

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 72.º de regalo del álbum **JOYAS DEL ARTE**.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soutil.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

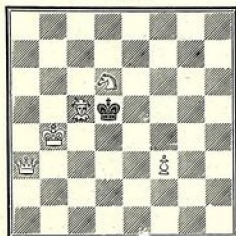
El citrato de magnesia granular de San-Imol, se usa desde Micronesia hasta el gran país mogol.

UN LOCO

Cirrus Wenterley, periodista americano, que tenía un período lo bastante duro para romper piedras

Problema de ajedrez núm. 10 POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

con él, había hecho con un médico la escritura de darle su cabeza, para la autopsia, cuando muriese, a cambio de que el doctor le pagase un dólar diario durante toda su vida.

Pero andando el tiempo, se ha preocupado tanto Wenterley del asunto, que ha acabado por volverse loco, creyendo que el médico había pagado a unos asesinos para que le matasen.

El desgraciado periodista ha ingresado en un manicomio de Kansas.

Y se dice que después de su locura conserva la cabeza tan dura como en sus mejores tiempos de periodismo.

HOJAS DE CALENDARIO

MISCELÁNEA

El remordimiento suele abrumarnos cuando ya somos impotentes para volver a cometer el delito que tanto pesar nos causa.

Guárdate siempre que puedas del fango y de la morina y guárdate mucho más de una lengua viperina.

SAICAM

Por lo que rezan los ancianos, se adivina lo que hicieron en su juventud.

M.

FABULLA

Un arroyo me mostró sus linfas claras, un día mas el fango que escondía mi vista pronto alcanzó, y con repugnancia vió que era el arroyo citado como aquel desvergonzado que quiere al mundo engañar al pretenderle ocultar el mal que lleva guardado.

ANGEL MACÍAS

TARJETA

Carlos Rosh

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

A. CASANOVAS

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

Los pasatiempos del número anterior

Tarjeta. - El cabo primero. Jeroglífico. - ALCÁNDARA. (Percha ó varal de los halcones, etc.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. B. - Barcelona. - Queda aceptada su posesión, pero en cuanto a la fecha en que vea la luz no puedo asegurarlo nada.

R. H. - Tarragona. - Idem, idem, idem.

A. R. L. - Madrid. - Sonetos como el que ha enviado, se escriben como decía Ayala, «para el gusto de la casa», pero no para darlos al público.

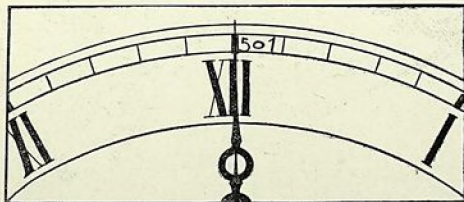
J. I. T. - Aceptado el cuento. Me enteraré de la suerte que le haya cabido al anterior.

Castilla. - Aceptado todo, con la advertencia *ut supra*.

P. G. LI. - Valencia. - Todo está muy bien y queda todo admitido.

J. M. R. M. - Sevilla. - La carta es demasiado larga y sobran detalles.

JEROGLIFICO. por Novejarque



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA INÉRCIA", PLAZA DE TETUÁN, 50 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

SERVIA



INFANTERÍA: SOLDADO